

Luis de Aguere

Vida y costumbres de los pastores del Hierro*

Esta ha sido siempre tierra de los pastores. Ya no lo es tanto; pero aún los hay que apacientan sus rebaños por las rinconadas, sendas y montaraces vericuetos de la isla.

Mas no por este descenso de la tradición vaya a creerse que se trata de unos pastores sin personalidad, sin historia. No, los pastores de la isla del Hierro conservan fielmente la tradición. Hay entre ellos y el pasado un entronque y una continuidad de usos y costumbres. Poseen un vocabulario especial y unas leyes particulares que trascienden a rancia antigüedad, y todo esto les imprime un carácter peculiarísimo digno de estudio.

Su atuendo o atavio

Aunque ya son muchos los que visten a la manera corriente en nuestros días, hay, sin embargo, bastante casos en los que la materia prima de sus tocados les ha sido proporcionada por sus ovejas. No es raro encontrar a estos pastores cuyos trajes han sido hilados y tejidos en la isla. Trajes propios para el rigor de las cumbres, que en nada tienen que envidiar a otros arreos con más pretensiones acaso, pero que no les ganan en duración ni en belleza.

Calzan comúnmente una especie de abarcas ligeras y resistentes a la par, a semejanza de los mocasines indios, de pieles adobadas, a las que se denomina "Majos", y se caracterizan por su perfecta adecuación al terreno, en cuyos accidentes naturales fracasaría cualquier otro género de calzado. Añadid a esto una alforja, mochila o cairano de espalda, y una larga pértiga de haya o de cárisco, algunas de varios metros de longitud, y todas de un grosor respetable, y con las que saltan prodigiosamente, y tendréis, dibujada a grandes rasgos, la estampa de uno de estos pastores clásicos.

*Anmerkung der Redaktion: Dieser Beitrag erschien erstmals in der Tageszeitung "La Tarde" am 14.12.1940 in Santa Cruz de Tenerife. Luis de Aguere ist ein Pseudonym des kanarischen Schriftstellers und Heimatforschers Luis Álvarez Cruz.

Por lo común les acompaña un perrito de pequeña talla, que en ocasiones llega a ser el verdadero guía del rebaño, debido a sus condiciones de inteligencia y al perfecto grado de enseñanza recibida. Mastines no los hay en toda la isla. Por lo menos yo no los he tropezado en ninguna parte de ella. Creo que en un tiempo importaron algunos que no dieron resultado, según he oído decir, por lo que se apresuraron a eliminarlos definitivamente.

El rebaño

El rebaño se compone por lo general de ovejas. También los hay de cabras; pero, a lo que he podido colegir, de menos importancia. Aquí la oveja es en cierto modo un animal totémico. Sobre todo para los pastores de la antigüedad debió revestir un carácter casi sagrado. Proporciona leche, lana y carne, y es un animal mucho más dócil que la cabra, más inquieta por temperamento y más arisca. Suelen también encontrarse rebaños de cabras y ovejas mezcladas; pero su fundamento esencial es la oveja.

La importancia de un rebaño se evalúa por docenas de reses. Veinte docenas constituyen un buen rebaño. Las manadas que no llegan ni con mucho a estas cifras son denominadas "jabardos", nombre que asimismo se da a cualquier corto número de animales desprendidos del rebaño.

La oveja con arreglo a su color

La oveja, que para nosotros es nada más que oveja, para los pastores lo es además con arreglo a una nomenclatura que se funda, aparte de virtudes utilitarias, en el color o combinación de colores que la adornan o distinguen. Desde el punto de vista de esta clasificación se las denomina con los siguientes extraños y curiosos nombres:

- Manajais, a la negra manchada de blanco sobre la cabeza;
- Jorana, a la negra tintada de bermejo en el vientre;
- Ambracasaca, a la blanca y bermeja;
- Combaca, a la canela clara con la cabeza y extremidades rayadas en bermejo y canelo;
- Pipana, a la que adornan lunares de varios colores;
- Mástuca, a la firanza revuelta en blanco;
- Ómana, a la firanza y blanca.

Y así sucesivamente, hasta llegar a denominaciones más genéricas y simples, tales como bermeja, pintada, manchada o morada, que también sirve para las cabras, las que, además, se sujetan a otros nombres propios asimismo determinados por el color, como por ejemplo el de mérusa, cuando en su composición entran el blanco y el canelo.

El pastor y el sentido del rebaño

Para el pastor el rebaño constituye una unidad, y una unidad armoniosa que se funda en la integridad de todos los elementos que lo componen. Probablemente no sabrá contar a ciencia cierta; pero ello no obsta para que, en cualquier momento, sepa si falta alguna res en su rebaño. Y llega a tal extremo su sensibilidad en este terreno, que algunos se jactan incluso de distinguirlas por la tonalidad del balido, sin temor a equivocarse.

Esta facultad se extiende también al timbre metálico de los cencerros o esquilas que denominan "jierros". Y se narra la anécdota de uno de estos cascabeles que fue substraído por un pastor a otro, al cual le descubrió y recuperó al cabo de un año, nada más que oír su voz en la cumbre.

Y cerramos este capítulo, volviendo al sentido totémico de la oveja, el cual queda perfectamente demostrado a través de las viejas leyes isleñas, por cuales eran castigados los dueños de higueras engoronadas dentro de cuyo cerco se hallase una oveja merodeadora cuya salida no le hubiesen facilitado, ocasionando su muerte por hambre. Ello, como digo, demuestra la importancia que en la isla tuvo la oveja como base de los husos y telares, y de la industria típica de los quesos que tan justa fama han dado al Hierro, y que afortunadamente siguen constituyendo, junto con los no menos celebres higos pasados, el sabroso fundamento de la alimentación popular, que así no entiende de gollerías y se va derechamente a lo estrictamente sustancial y nativo, a ser posible.

El "Alar" y los "Juclos"

Se llama "juclos" a una cueva de poca altura y de varias entradas o bocas de acceso, a cuya frescura sombrosa se acoge el ganado para sestar o pernoctar. La isla está llena de estas cavernas naturales que utilizan los pastores para sus rebaños. Y algunas hay de tan grandes proporciones que pueden alojar cómodamente en su concavidad varias docenas de reses.

"Alar" es lo mismo que corral o tagoro de piedra o redil. Por extensión da idea de La Dehesa, ese predio comunal a donde todos los pastores de la isla conducen sus rebaños al objeto de que pasten en los cuarenta o cincuenta kilómetros cuadrados de extensión que lo forman. Y de este fluir de los rebaños a La Dehesa ha nacido una costumbre, con fuerza de ley, relativa a los pastores y al ganado.

En efecto, lo mismo los pastores de Sabinosa, que empujan sus rebaños desde el noreste, que los de El Pinar, que los tocan desde el sur, en dirección a La Dehesa, para las "juntas" de que luego hablaremos, están obligados a recoger las reses sueltas que puedan encontrar en su camino, sin dueño conocido, con el fin de conducir las al "alar", librándolas así de los peligros de la cumbre. Todos

cumplen estrictamente esta obligación, que como es recíproca, representa bienes para todos. La deserción de este deber de compañerismo es castigada con toda ejemplaridad, aunque a mis oídos no ha llegado ningún caso en que un pastor haya dejado abandonada en la cumbre a ninguna res extraviada y desprendida de su rebaño.

Caracter y objeto de las "juntas"

Las "juntas" tienen por finalidad, como su nombre indica, reunir en un lugar todos los rebaños a fin de recontarlos, clasificarlos y marcarlos. Se celebran quincenalmente, y es el alcalde de barrio de La Dehesa, cargo por lo general atribuido a los más viejos pastores, quien dispone las fechas de reunión.

Con este motivo puede apreciarse la maravillosa facilidad que tienen los pastores para conocer su ganado. Penetrando en la masa ondulante de miles de reses, de cuyo seno asciende un coro de balidos y un tintineo de cencerros, van, sin vacilaciones, extrayendo las suyas, ejemplar a ejemplar, del fondo de la inmensa manada y conduciéndolas al rebaño respectivo, o lo que se llama en su léxico "cada oveja a su vuelta". Seguidamente, las reses "vacías" pasan de nuevo a su condición de libertad, trayéndose consigo la oveja próxima a la cría, que son, naturalmente, las que requieren cuidados especiales y especial vigilancia. Y así de "junta" en "junta" y con arreglo a la tradición.

El peligro de los cuervos

En la vida patriarcal del pastoreo no todo es armonía. También hay lucha y, por consiguiente, peligro. Y este peligro que se cierne sobre el ganado está adscrito a los cuervos.

Estos vuelan y revuelan sobre los rebaños. ¿Con qué objeto? Sencillamente con el de devorar las crías. Aprovechando la ocasión que pueda depararles un corderito o cabrillito rezagado, se abaten sobre él, extrayéndole en primer término la lengua, a fin de que no pueda llamar a su madre. Si éstas llegan a darse cuenta del peligro que amenaza a sus hijuelos, reaccionan furiosamente contra los negros piratas del aire. En especial las cabras se enfurecen terriblemente. Pero los asaltantes saben elegir la ocasión, y pocas veces falla el golpe en estas condiciones. Este es el mayor peligro de la cumbre para las reses extraviadas.

Los negros pajarracos, no se sabe por qué misterioso instinto, siguen preferentemente a las reses próximas a la cría. Solos no vuelan nunca. En bandadas o, cuando menos, en parejas. Uno ataca y el otro vigila y advierte de cualquier eventualidad mediante su graznido, nunca como en este caso agorero. Los pastores expresan este peligro con el nombre de "desajijarles" el ganado. Esto es: deshijárselo privando a las madres de sus crías. Y por esto las "juntas",

recuento y separación de reses en el "alar" de La Dehesa.

Pero la Dehesa es algo más que esto para los pastores. Es el mes de abril, en que celebran su fiesta en honor de la Virgen des los Reyes, que preside la vida espiritual de los herreños. En este día es cuando verdaderamente luce más magníficamente el ganado que se extiende a los pies de la Virgen para recibir su bendición. En esta coyuntura, a la antigua manera llena de fé y de entusiasmo devoto y ferviente, celebran los pastores que apacientan sus rebaños en los "caireles" o "rumbazos" (pequeños taludes) de las cumbres de la isla su fiesta candorosa y emocionante, en honor de la Excelsa Patrona que pone en los pies de los danzarines incansables agilidades, y en las tonadas primitivas de las músicas que acompañan las danzas, renovados bríos y chasquidos sonores en las chácaras que hacen eco al golpe insistente del tambor y a los claros silbos, a las obsesionantes notas de las flautas.

Otras costumbres

Entre ellas, la de marcar el ganado. Estas marcas son a base de cortes en las orejas. Operación y requisito de suma importancia, que incluso hasta mediados del siglo último revistió el carácter oficial del registro público. Esta marcas también se distinguen por sus nombres, nacidos de la forma de los cortes o punciones e incisiones practicadas en las orejas de las reses, tales como "tres bocados", "chirivito" etc.

Otra de estas costumbres es la de "apear". Esta operación consiste en trabar las extremidades del ganado con una ligadura a fin de que no salte las cercas. Se dice de un animal que está "apeado a la contra" cuando, por su carácter bravo, se le sujetan las patas en forma de aspa.

La tradición de ordeñar en recipientes de madera, denominados "tarros", ya se ha perdido, así como aquella otra del "guásamo", aunque ésta subsiste aún en cierto modo. El guásamo es la concavidad, labrada natural o artificialmente en la rama de un árbol, con el fin de obtener por destilación o lluvia agua potable.

Tales son las primitivas características de la vida pastoril herreña. ¿Terminará tan sugestiva y plácida tradición en esta isla, que siempre ha sido tierra de pastores? Nadie puede predecirlo; i han muerto tantas cosas tradicionales! Pero lo cierto es que los cuarenta o cincuenta rabadanes entre cabrerizos y ovejeros, que aún quedan al cuidado de los rebaños con que cuenta el Hierro, encarnan en nuestros días el sentido de la tradición pastoril de esta isla corta y alta, en la que no es posible perder la vista el cerco insomne, omnipresente de la mar.

...